BBD 849 4146

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMATICA.

ENTRE EL DEBER Y EL AMOR,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

EDUARDO DE SANTIAGO-FUENTES MALLAFRÉ.

MADRID.
CALLE DE SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1876.

ENTRE EL DEBER Y EL AMOR,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

EDUARDO DE SANTIAGO-FUENTES MALLAFRÉ,

Estrenada con estraordinario éxito
en el teatro MARTIN de esta córte la noche del
4 de Diciembre de 1876.

MADRID.
IMP. DE F. GARCIA Y D. CARAVERA,
Calle Mayor, número 119.
1876.

AL DISTINGUIDO POETA Y AUTOR DRAMÁTICO

DON MARIANO CHACEL.

La lectura de su comedia titulada Un mandamiento de la ley de Dios, *con tan brillante éxito estrenada en el teatro Eslava de esta córte, me surgirió la idea de escribir esta.*

Como las dos giran sobre el mismo eje, desenvolviendo igual pensamiento, he creido deber mio el escribir su nombre en la primera página de esta pobre comedia.

Acéptelo, pues, con su benevolencia acostumbrada y quedarán satisfechos los deseos de

El Autor.

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
BLASA	SRA. MENENDEZ.
LA BARONESA	SRA. SOLIS.
ELENA	SRTA. COLLADO.
RAFAEL	SR. YAÑEZ.
TOMAS	SR. FRAILE.
EL CONDE	SR. ALBA.
UN CRIADO	SR. SANCHEZ.

La escena en Madrid. Epoca actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramatica de DON EDUARDO HIDALGO, son los esclusivamente encargado de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Gabinete lujosamente amueblado de casa del conde. puertas al foro y laterales. Un velador con papeles.

ESCENA PRIMERA.

La BARONESA *y el* CONDE.

BARONESA. Te repito que esa boda
no es de mi agrado.
CONDE. ¿Por qué?
BARONESA. ¿Ahora te sales con eso?
CONDE. Es natural.
BARONESA. ¿Quién es él?
CONDE. ¿Que quién es? Un abogado
de gran nota.
BARONESA. Bien, ¿y qué?
CONDE. Un periodista afamado,
que á mí me puede valer
de muchísimo.
BARONESA. Todo eso
es muy bueno, está muy bien;
pero, ¿qué títulos tiene?
¿Qué pergaminos y qué
alcurnia es la suya?... Yo
desciendo de un Pimentel
y un Sanabria; tú, de Lope
de Sosa, del hidalgo aquel
de quien Baltasar de Alcázar
refirió yo no sé qué
anécdota, que pasó

675385

cuando vivia en Jaen.
Ya ves, pues, que nuestra alcurnia
tan nobilísima es
que...

CONDE. ¿Y qué significa en estos
tiempos, mujer, descender
del Preste Juan de las Indias
ó del moro Muza?...

BARONESA. Bien;
muy bien; perfectamente.
¡Qué hombre, Dios de Israel!
Desde que la democracia
vino á España, yo no sé
lo que sucede; más creo
que estais todos locos.

CONDE. Bien.
Tú si que estás rematada
y dices cada sandez.

BARONESA. No insultes á una Sanabria
viznieta de un Pimentel.

CONDE. ¿No me llamas tú demócrata
á mí, ministro de un rey
constitucional, que sólo
en la moneda lo es?
¿Yo, que mando á Filipinas
atados con un cordel
á escritores, periodistas
y gentes de su jaez,
en número extraordinario
al dia, sólo por ser
liberales, como el conde
de España, en su tiempo fué?
¿A mí, que siempre predico
el valor de las tres P. P. P.
«*paz*, *pan* y *palo*» y no sufro
que nadie me mire?

BARONESA. ¿Y bien?
¿Quieres probarme con eso
no eres demócrata?

CONDE. Pues.

BARONESA. Pues no lo conseguirás.
¡Quién no mira por la prez
de su abolengo; quién trata
como tú de entretejer
su preclara descendencia
con la de un... yo no sé qué,
es demócrata, y demócrata
de la clase más soez?

¡Pobre hija de mi alma,
qué desgraciada va á ser!

CONDE. Ella le quiere.

BARONESA. No.

CONDE. Sí,
y él la adora.

BARONESA. ¡Qué sandez
la tuya! El la finge amor
para su mano obtener,
y con ella el dote y
nuestra alcurnia, tu poder...

CONDE. Vaya, vaya. De tontunas
ahora, por Dios, déjame.
Mi palabra está empeñada.

BARONESA. Tu palabra no es de rey.

CONDE. Hoy se firmarán los dichos.

BARONESA. Mira lo que haces.

CONDE. Hacer
venturosa á nuestra Elena
al unirla con Rafael.

BARONESA. ¡Jesús qué hombre! Si al menos
fuera Baron.

CONDE. ¡Si lo es!

BARONESA. ¡Baron! ¿Estás cierto? (*Levantándose.*)

CONDE. Si. (*Idem.*)

BARONESA. Pero...

CONDE. Sí; varon con V.
¿Qué más quieres?

BARONESA. Majadero
Déjame en paz.

ESCENA II.

Dichos y RAFAEL.

CONDE. ¡Oh, Rafael! (*Dándole la mano.*)
¿Cómo tan tarde?

RAFAEL. No: son... (*Saca el reló, vé á la Baronesa, lo guarda y le alarga la mano con galantería.*)
¡Ah! Estoy á los piés de usted,
futura mamá.

BARONESA. Felices (*Con sequedad.*)
Les dejo: tengo que hacer.

CONDE. Mujer, ten prudencia. (*Aparte á la baronesa.*)

BARONESA. Adios.

CONDE. Dile á Elena que...

BARONESA. Está bien.

RAFAEL. (¡Qué suegra tan insufrible!
BARONESA. (¡Qué pareja!)
CONDE. (¡Qué mujer!)

ESCENA III.

El CONDE *y* RAFAEL.

CONDE. Y bien, Rafael, ¿ha tenido
carta de sus padres?
RAFAEL. Sí,
ayer salieron de allí,
y...
CONDE. ¿Todavia no ha venido?
RAFAEL. Ya no deben de tardar:
el tren llegará á las ocho.
¡Mi pobre padre está chocho!
Vea usted. (*Le dá una carta*)
(*La lee para sí, y se la devuelve.*)
CONDE. Noble pensar
tiene su padre, á fé mia.
RAFAEL. ¡Los dos valen un tesoro!
Con delirio les adoro;
por ellos capaz seria
de todo, de todo, sí,
con tal de no contrariales;
sólo así puedo pagarles
lo que han hecho ellos por mí.
CONDE. ¡Bien! ¡Bravo! Quien piensa hoy
como usted, es siempre honrado.
RAFAEL. Eso sí, me han enseñado
ellos á serlo, y lo soy.
Desde niño, con cariño
me inculcaron sus creencias,
y no han borrado las ciencias
lo que aprendí cuando niño.
Aun recuerdo, con placer,
ver junto al modesto hogar,
todas las noches rezar
á un hombre y á una mujer.
Aun recuerdo que los dos
en sus brazos me tomaban,
y á pronunciar me enseñaban
el santo nombre de Dios;
y que segun yo crecia
me enseñaban á ser bueno
estrechándome en su seno
con más amor cada dia.

Yo, entonces, con mi cariño
sus beneficios pagué,
y despues mi norte fué
lo que aprendí cuando niño.
Así ví pasar feliz
mi infancia, mi juventud,
sin darles una inquietud,
sin cometer un desliz.
Por eso nuestro placer
lo llegamos á cifrar
en nuestro amor, y en formar
de los tres un sólo sér.

CONDE. Los que tanto le ensalzaron
no mintieron.

RAFAEL. ¡Desatino!
Yo, sólo sigo el camino
que mis padres me enseñaron.

CONDE. Feliz creo será Elena
á su lado.

RAFAEL. Así lo espero;
pues como mucho la quiero
y ella es tan buena, tan buena;
como sólo nuestra union
se hace de amor al amparo,
que cual al oro el avaro
guarda ansioso el corazon;
como que yo al pretenderla
no es por ruines pensamientos,
cual sucede en estos tiempos,
confio que habeis de verla
tan venturosa á mi lado,
que bendecireis á Dios
por habernos á los dos
ante su altar enlazado.

CONDE. Lo creo.

RAFAEL. Tranquilo estad.

CONDE. Ella se acerca: yo voy
un rato al Congrsso.

RAFAEL. (¡Estoy
loco de felicidad!)

ESCENA IV.

Dichos y ELENA.

ELENA. ¿Te vas, papá?

CONDE. Pronto vuelvo.

ELENA. ¡Ah! Rafael... (*Dándole la mano.*)

RAFAEL. ¡Querida Elena! (*Estrechándola.*)
(*Elena acompaña hasta la puerta á su padre que le dice aparte:*)
CONDE. Amale mucho, hija mia.
ELENA. Yo...
CONDE. Ese hombre es una perla. (*Váse.*)

ESCENA V.

ELENA *y* RAFAEL.

RAFAEL. Amor mio, pronto Dios
hará que luzcan más bellas
las horas de nuestra vida;
pronto con dulces cadenas
tu alma, Elena, y la mia
se verán por siempre presas;
y si dos séres felices
puede cobijar la tierra,
no dudes, luz de mis ojos,
seremos nosotros.
ELENA. Bellas
esperanzas: Dios permita
que no se tornen quimeras:
pues aunque sé que me amas
mucho...
RAFAEL. Elena, nada temas.
ELENA. A veces el matrimonio...
RAFAEL. ¿Porqué abrigas tal sospecha?
Si yo te amo con delirio,
si en tí está mi dicha inmensa,
si sólo verme en tus ojos
y hacer feliz tu existencia
es mi deseo, ¿qué puede
impedir que feliz seas?
ELENA. ¡Tantas cosas!
RAFAEL. ¡Tantas!... Díme
por favor una siquiera.
ELENA. He oido decir mil veces
á mamá, que sólo era
el matrimonio sepulcro
de ilusiones placenteras;
que cuando dos por amor
se casan, miran risueñas
deslizarse algunas horas
tan rápidas, tan ligeras,
cual los fantasmas de un sueño,
y que al despertar, como estas,

desaparecen al punto
sin dejar rastro siquiera.

RAFAEL. Yo no puedo estar conforme...

ELENA. Otras veces, dice, empiezan
los disgustos porque faltan
los medios de subsistencia;
otras, porque no son ambos
de la misma descendencia,
ni tienen iguales títulos
de nobiliaria nobleza.

RAFAEL. ¡Oh!

ELENA. ¿Qué tienes?

RAFAEL. No prosigas.

ELENA. ¿Porqué?

RAFAEL. Tus frases me aterran,
pues temo fueras capaz...

ELENA. ¿De qué?

RAFAEL. De ser una de esas.

ELENA. Eso no es posible; tú,
cuando mi papá te acepta
para mi esposo, no puedes
temer que eso te suceda.
Siendo yo noble, tu debes
ser tambien...

RAFAEL. (¡Ay! ¡Cuando sepa!...)
(*Momentos de pausa.*)

ELENA. ¿Qué te sucede?

RAFAEL. ¿A mi?... Nada. (*Transicion.*)
Vas á dispensarme, Elena;
pero voy á la estacion
á esperar mis padres.

ELENA. ¿Llegan hoy?

RAFAEL. Sí.

ELENA. Pues por mi, más tiempo,
Rafael, no te detengas. (*Dándole la mano.*)

RAFAEL. (¡Llevo una duda en el alma
que toda mi sangre hiela!) (*Váse.*)

ESCENA VI.

ELENA.

Se vá triste... ¿Qué tendrá?
¿Porqué temblaria?

BARONESA. ¡Elena! (*Dentro.*)

ESCENA VII.

ELENA *y la* BARONESA.

ELENA. ¿Qué?
BARONESA. ¿Estás sola?
ELENA. Si.
BARONESA. ¿Y Rafael?
ELENA. Se fué á esperar á sus padres.
BARONESA. ¿Y el tuyo?
ELENA. Tambien marchó
á las Córtes.
BARONESA. Qué me place;
pues así, sin ellos, puedo
un momento libre hablarte.
Siéntate y escucha atenta: (*Lo hacen.*)
que no es justo que te cases
sin que tu madre de varias
cosas, primero te hable.
Que es contra mi voluntad
tu casamiento, lo sabes.
ELENA. Pero ¿por qué, madre mia,
desapruebas este enlace?
¿Acaso Rafael?...
BARONESA. Nò: de él
nada sé que me obligase
á no otorgarle tu mano.
ELENA. ¿Entonces?...
BARONESA. Es muy galante,
muy distinguido, muy fino
tiene talento, sus frases
cautivan á todo el mundo;
más yo, en lugar de tu padre,
antes de hacerle tu esposo,
buscado hubiera el linaje
de que desciende.
ELENA. ¿Pues qué?...
¿No viene de ilustre sangre?
BARONESA. Yo no lo sé; pero temo ..
ELENA. ¿Por qué crees?...
BARONESA. Porque nadie
satisfizo mis preguntas
referentes á su clase.
Nadie á sus padres conoce;
de su alcurnia no habla nadie;
por Rafael Lopez á secas
conócenlo en todas partes:
y ni una cruz, ni un escudo,

ni un título, ni una frase
se le ha escuchado que pueda
probar su abolengo. En valde
fueron todas mis pesquisas,
porque de él nada se sabe.

ELENA. Sin embargo, en el gran mundo
donde tanto se hace alarde
de nobleza, es recibido
como pocos.

BARONESA. No te estrañe,
ni de los grandes de España
debes, Elena, fiarte;
porque tambien á... toreros,
á poetas... á farsantes,
reciben en sus salones
cual si fueran sus iguales.

ELENA. Mas Rafael...

BARONESA. No, no quiero
que te disgusten mis frases.
Tú le quieres...

ELENA. Del amor
á lo que siento, hay bastante
diferencia; no te digo
que con el tiempo no le ame,
pero hoy... francamente, sólo
consiento mi mano darle
por... vanidad.

BARONESA. Pero...

ELENA. Por...
orgullo; tú no sabes
los celos que causo á todas
las damas más elegantes.
Todas suspiran por él,
todas anhelan sus frases,
todas buscan sus miradas...
Ya ves, mamá, si es bastante
incentivo para mí
triunfar de todas, casándome
con el *dandy*, preferido
de las damas principales;
con el hombre cuya fama
es hoy en Madrid tan grande,
que causa á todos envidia,
pues no existe quien le iguale.

BARONESA. Bien... corriente, haz lo que quieras;
os empeñais tú y tu padre
en la boda... buen provecho.
El tiempo dirá si os sale

tan bien como presumís.
No esperes que más te hable
de este asunto; tu te empeñas,
contra mi gusto, en casarte,
hazlo; mas despues no vengas
nunca á llorar á tu madre.

ELENA. Tú sabes algo y por eso
deseas que no me case
con Rafael.

BARONESA. Ya te he dicho
que nada sé.

ELENA. Pero...

BARONESA. ¡Dale!
Si me opongo, es solamente
porque ignoro su linaje,
y porque temo el ridículo,
si es él de plebeya clase,
que caerá sobre nosotros
á Rafael enlazándote.
¿Qué dirian las marquesas
del Tulipan y el Ramaje;
qué la condesa del Humo,
qué la duquesa del Aire?
¿No comprendes, hija mia,
que fuera ¡grande!... ¡muy grande!
su chacota, al verte unida
á un pelagatos, á un nadie?

ELENA. ¡Oh! si fuera, como dices,
un...

BARONESA. ¿Qué harias?

ELENA. No casarme.

BARONESA. ¿De veras?

ELENA. Sí; mas no puede
suceder, porque mi padre
sabrá quién es.

BARONESA. De seguro
que tampoco nada sabe.

ELENA. ¡Imposible me parece!

BARONESA. No conoces á tu padre.
Educado á la moderna,
cree que son necedades
las ideas que sustento;
luego, los asuntos graves
que siempre trae entre manos,
no le dejan ocuparse
de las cosas de familia.
Para él, lo interesante
es conservar su cartera;

y como Rafael, notable
es en la prensa y tribuna,
ha pensado que casándote
con él, hacia un negocio.

ELENA. ¿Será posible?

CRIADO. En la calle (*Dentro.*)
espérenle ustedes.

TOMÁS. ¿Quién, (*Idem*)
nosotros? ¡Qué disparate!

BARONESA. ¿Oyes, Elena? (*Levantándose.*)

ELENA. Serán (*Idem.*)
quizás algunos cesantes
que se empeñarán que en casa
se encuentra papá.

TOMÁS. ¡Qué calle! (*Dentro.*)
No me da la gana. Otra,
¡pues! si no deja que pase
de una puñáa le salto
las muelas.
(*El tio Tomás y la tia Blasa llegan hasta la puerta del foro precedidos del criado que quiere cerrarles la entrada. A la vista del público, el tio Tomás le dá un empujon y entra seguido de la tia Blasa.*)
Que Dios les guarde.

ESCENA VIII.

La BARONESA, ELENA, *el tio* TOMÁS *y la tia* BLASA.

BARONESA. ¿Quién es usted?

TOMÁS. ¡Otra! Soy
el padre de Rafael.

BARONESA. }
ELENA. } ¡El padre!

TOMÁS. Cabal. Y esta es su madre.
¿Dónde se halla? Que ya estoy
disiando darle un abrazo.

ELENA. ¡Ay, mamá! (*Aparte á la baronesa.*)

BARONESA. Bien te decia (*Idem.*)
yo, que...

TOMÁS. Cualquiera diria (*A Blasa.*)
que *quien danos* un bromazo.
No estando el *chiquio* en su casa
(*A la baronesa.*)
debe estar aquí, de fijo.

BARONESA. No está. (*Con altaneria.*)

TOMÁS. ¿*Pus* donde está *mijo*?

ELENA. Fué á esperarles.
TOMÁS. Vaya, Blasa,
deja la alforja en el suelo
y asiéntate, que el vendrá. (*Lo hace.*)
De seguro usted será
la novia? *Pus* el mozuelo
paí que ha *sabío* elegir. (*A Blasa.*)
Es *usté mu* frescachona (*A Elena.*)
y *paice güena* persona...
¿Qué van en el pueblo á *icir*
cuando vayan de bracero
á pasear por las eras?
ELENA. (¡Qué palabras! ¡Qué maneras!)
BARONESA. (¡Jesús, qué hombre tan grosero!)
TOMÁS. *Paice* que *san* espantao (*Aparte á Blasa.*)
de vernos, chiquia.
BLASA. Tomás, (*Idem.*)
aquí ya estamos demás.
TOMÁS. ¿Por qué tal cosa has *piensao*? (*Idem.*)
BLASA. ¿Pus no estás viendo á las dos? (*Idem.*)
BARONESA. Yo con tus suegros te dejo (*Aparte á Elena.*)
Ja... ja... (*Váse por la derecha.*)
ELENA. (Yo tambien me alejo.) (*Siguiéndola.*)

ESCENA IX.

El tio TOMÁS *y la tia* BLASA.

TOMÁS. ¿Se van sin *icir* adios?
¡Pues güen viaje!
BLASA. ¿Tú qué opinas
desto, Tomás?
TOMÁS. Quemos hecho
el viaje en valde. Rafael
no se casa.
BLASA. ¿Que nó?
TOMÁS. Güeno
es pa consentir el chiquio
que naide mus dé un desprecio.
BLASA. Pus yo temo...
TOMÁS. No sias tonta,
BLASA. ¡Bah! No siría el primero
que por no perder la novia
olvidara lo que semos
para él; la posicion
que le dá este casamiento,
las riquezas de la novia,
los elevados impleos

que tendria en cuanto juera
de un señor menistro yerno,
puen ofuscar su razon
y...

TOMÁS. Calla.

BLASA. ¿Qué tienes?

TOMÁS. Tengo...
un desasosiego y un...
no sé qué...

BLASA. ¿Te han hecho efeto
mis palabras?

TOMÁS. Mucho. Tanto...
que de *güena* gana al pueblo
me golveria sin verle.

BLASA. Eso, no.

TOMÁS. ¿Y si él?... Reniego
de mi venía y de... ¿Lloras?
¡Otra, pues! ¡Tengamos pecho!

BLASA. Si él como otros se portara
con sus padres... ¡justo cielo!
¿qué iba á ser de mí?

TOMÁS. Entoadia
No hay que apurarse; esperemos
Su llegáa y sigun él
se porte, mus portaremos.

BLASA. ¡Qué Madril!

TOMÁS. Tienes razon;
¡esto es peor que el infierno!
Aquí tóo se güelve farsa;
los malos paecen güenos,
y hasta los ladrones van
vestíos de caballeros.
En cambio si hallan á unos
cual nusotros, por ejemplo,
les desprecian y se rien
y los *apoan* paletos!
A los que son cual nusotros
tan sólo les dan despegos.
y en cambio estrechan la mano
á los que son como aquellos.
Por eso me resistia
yo tanto á salir del pueblo
y á no ser por las instancias
del chiquio; aquí no vengo.

BLASA. Hubiera sio mejor
no venir, por que preveo
que va á ser nuestra venía
pá toos sensible.

TOMÁS. Callemos;

(*Retirándose á un lado.*)
sin dua llega el menistro.

ESCENA X.

Dichos y RAFAEL, *sin verlos, figurando hablar con un criado.*

RAFAEL. Dí á las señoras que he vuelto.
(No sé qué pensar; el tren
llegó y ellos no vinieron.)
TOMÁS. (¿Será el menistro? Es mu jóven (*A Blasa.*)
y deben de ser mu viejos
los menistros; ¿no te paice?)
RAFAEL. ¡Eh! ¿Quién anda ahí?
BLASA. ¡Qué veo!
¡Hijo! *Corriendo á abrazarle.*)
RAFAEL. ¡Madre! ¡Padre! (*Abrazándoles.*)
TOMÁS. ¡Chiquio!
RAFAEL. ¡Otro abrazo!
TOMÁS. }
BLASA. } ¡Aunque sean ciento!
RAFAEL. Pero ¿cómo aquí les hallo?
Esplíquenme; no comprendo...
TOMÁS. Pus la cosa es mu sencilla;
ya sabes que por el pueblo
pasan dos trenes seguíos;
pus tomamos el primero
pá darte un abrazo antes.
Llegamos, en tu aposento
no te hallamos, y vinimos
aquí enseguía á tu encuentro.
RAFAEL. Han hecho mal...
TOMÁS. ¿Eh?
RAFAEL. Muy mal.
BLASA. ¿No te lo dije? (*Ap. á Tomás.*)
TOMÁS. ¡Reniego!... (*Id. á Blasa.*)
RAFAEL. (Si les han visto, ¿qué idea
habrán formado?)
TOMÁS. Sospecho
que sientes nuestra venia.
RAFAEL. Mucho.
TOMÁS. Vámonos al pueblo. (*A Blasa.*)
Deja á ese... ingrato.
BLASA. (¡Ay de mi!)
RAFAEL. Sus palabras no comprendo.
TOMÁS. ¿No las intiendes, eh? Güena
es esa!... Yo si ti intiendo.
Te avergüenzas de tus padres.

RAFAEL. ¡Yo!
TOMÁS. Que te haga güen provecho.
RAFAEL. ¡Madre!...
TOMÁS. Aparta. (*Apartándole*)
BLASA. (¡Vírgen santa!)
TOMÁS. ¡Ingrato!
RAFAEL. Pero...
TOMÁS. No hay pero
que valga: quien como tú
por ser orgulloso y nécio
se avergüenza de mirar
á los que su sér le dieron,
sólo merece...
RAFAEL. ¡Por Dios!...
Escuche usted.
TOMÁS. ¡El desprecio!
¿Pa esto nos haces venir
á este maldecio pueblo?
Vámonos. Adios.
RAFAEL. De aquí (*Cerrándoles el paso.*)
no saldrán.
TOMÁS. ¿Que no?
RAFAEL. Lo ordeno.
TOMÁS. ¡Mandar tú á tú padre!... ¿Sabes
lo que haces?
RAFAEL. Yo...
BLASA. (No hay consuelo
ya para mi!)
TOMÁS. Vamos, Blasa,
porque sino, voy priviendo
que á este insolente le rompo
de una puñáa algun güeso.
RAFAEL. Antes habrán de escucharme.
TOMÁS. Que no.
BLASA. Oyele.
TOMÁS. No cedo.
RAFAEL. Madre... padre... oigan ustedes.
TOMÁS. Yo no aguanto más desprecios.
RAFAEL. ¿Quién ha despreciado?... (*Arrogante.*)
TOMÁS. ¿Quién?
Tu novia y tu suegra.
RAFAEL. (¡Cielos!
¡Ellas!... ¡Ay de mi!)
TOMÁS. ¿Lo vés? (*Aparte á Blasa.*)
Bien temias...
BLASA. ¡Ay!
TOMÁS. Marchemos.
BLASA. Sí, vámonos; y Dios quiera (*Llorando.*)

no le castiguen los cielos.
(*Se dirigen á la puerta: al advertirlo Rafael se interpone entre esta y aquellos.*)

RAFAEL. ¡Oh! ¡se van!... Véanme ustedes
á sus plantas... yo les ruego
que mis palabras escuchen.

TOMÁS. Bien, habla; pero te advierto
que no mientas; la mentira
es un pecao mu feo.

BLASA. Deja, Tomás, que se esplique...

RAFAEL. ¡Yo mentir!... .

TOMÁS. Habla.

RAFAEL. Todo esto
es hijo de una palabra
equívoca: yo no siento
su venida.

TOMÁS. ¡Que no mientas!

RAFAEL. Padre mio, yo no miento.

TOMÁS. ¿Pus no digiste?...

RAFAEL. Sí, dije
sentia, y aun me duelo,
de que sin venir conmigo
á esta casa, lo hayan hecho.
Usted, padre, no conoce
lo que son los madrileños;
y más si son de las gentes
de pergaminos, por eso
si me hubieran esperado
en mi casa, ni desprecios
hubieran sufrido, ni...

TOMÁS. Basta, Rafael; ya comprendo.
Ven y abrázame.

BLASA. ¡Hijo mio! (*Abrazándole.*)

RAFAEL. ¡Padres!

TOMÁS. Bendígate el cielo.
Eres digno de mi nombre.
Hijo mio, así te quiero. (*Pausa.*)

RAFAEL. Alguno se acerca: pasen
ustedes á ese aposento
y esperen unos instantes.

TOMÁS. Coje la alforja y adrento. (*Entran en la izquierda. Elena sale por la derecha.*)

ESCENA XI.

ELENA, RAFAEL, TOMÁS *y* BLASA.

RAFAEL. ¡Elena!... (*Saliendo á su encuentro.*)

ELENA. No te interrumpo:
sólo quiero dos palabras
decirte.

RAFAEL. (¡Ay! Este comienzo
nada bueno me presagia.)
Dí, por Dios.

ELENA. No te impacientes.

TOMÁS. (Escuchemos lo que hablan.) (*Al paño.*)

ELENA. Aquí estábamos há poco
mamá y yo, cuando amenazas
y gritos, oimos fuera;
y era que Juan no dejaba
entrar tus padres. Su porte,
sus maneras y sus...

RAFAEL. Basta:
basta, Elena, no prosigas,
que me destrozas el alma.
¿Es decir, que nuestra union?...

ELENA. Sólo un medio hay.

RAFAEL. ¡Por Dios, habla!

ELENA. Aun seré tu esposa, si
de su lado tú te apartas;
si nunca vuelves á verlos,
si no pisan nuestra casa,
si nunca, ni nadie saben
quién son tus padres.

RAFAEL. ¡Oh!... Calla
que son tus frases puñales
que el corazon me desgarran.
(¡Qué alternativa, Dios mio!
Mis padres y ella... ¡Me espanta
esta situacion!)

ELENA. Medita
tu resolucion con calma,
y cuando venga papá
esposos somos ó nada.

RAFAEL. Pero...

ELENA. Adios. (*Vase.*)

BLASA. (¡Probe Rafael!
esa infame me lo mata.

ESCENA XII.

RAFAEL, *despues* TOMÁS *y* BLASA.

RAFAEL. (*Sentándose anonadado junto al velador.*)
¿Que yo resuelva?.. ¡Esta lucha
el alma me despedaza!

¡Ella es mi ilusion, mi dicha!...
Mas mis padres... ¡Vírgen santa!
¡amparadme!

BLASA. Déjame (*Luchando con Tomás.*)
consolarle.

TOMÁS. Quieta, Blasa.

RAFAEL. ¡Ay de mí! En mis oidos
aun resuenan sus palabras
y el corazon me hacen trizas
y me desgarran el alma.
¡Dios mio! ¡Dios mio! Nunca
crei que de tal infamia
Elena fuese capaz;
mas ¡ay! ¡cuánto me engañaba!
(*Se cubre el rostro con las manos.*)

BLASA. Déjame; no ves que llora...

TOMÁS. Deja que llore: las lágrimas
son consuelo del que sufre.

RAFAEL. ¿Y qué hacer? Suya es mi alma,
suya mi vida, sin ella
nada en el mundo bastara
á hacerme feliz.

BLASA. ¿Escuchas?

TOMÁS. Calla; oigamos sus palabras.

RAFAEL. Mis padres... ¡ay! su cariño
á mi ventura no basta.
¿Haré lo que exige Elena?
¡Oh! no... tentacion, aparta,
aparta, que son mis padres
y yo no sé hacer infamias.
(*Queda anonadado un instante: despues, como el que concibe una idea, dice:*)
Sólo un recurso me queda;
morir. (*Se levanta resuelto.*)

BLASA. (*Dá un grito y corre hácia Rafael.*)
¡Oh no, no, hijo del alma!

RAFAEL. ¡Madre!
(*Debe notarse la lucha que sostiene interiormente Rafael hasta que vence en él la idea del amor filial á la idea del suicidio y se arroja en brazos de su madre.*)

BLASA. ¡Qué mal te conoce
hijo, la que así te trata!

RAFAEL. Y, sin embargo, la adoro
y muero por ella.

TOMÁS. ¡Ingrata!
¡Dejarle porque no tiene
pergaminos!... Es más alta

y más firme su nobleza,
que es la nobleza del alma.)

BLASA. Tranquilízate y confía
en Dios y en tu madre amada.
(¡Yo le haré feliz!)

TOMÁS. Ten ánimo.

RAFAEL. ¡Ay, padre mio! Me falta
el valor. (*Vuelve á sentarse.*)

BLASA. Oye, Tomás; (*Retirándole.*)
al chiquio aquí se desaira
por nusotros; él sin ella
se va á morir.

TOMÁS. ¿Y qué, Blasa?

BLASA. ¿No me entiendes?

TOMÁS. Ni una jota.

BLASA. Pus entonces...

TOMÁS. Vamos, habla,
y dime...

BLASA. Nada; yo sola
le haré dichoso.

TOMÁS. Repara...

BLASA. Nunca repara una madre
cuando de un hijo se trata.

ESCENA XIII.

Dichos y el CONDE.

CONDE. Que espere el coche. (*al criado.*)

RAFAEL. ¡Ah, el conde! (*Levantándose.*)

TOMÁS. ¿Quién? (*Aparte á Rafael.*)

RAFAEL. El ministro. Señor; (*Idem al Conde,*)
dispénseme usté el favor
de que le presente...

CONDE. (¿Dónde
he visto esa cara?) (*Por Tomás.*)

TOMÁS. Dí, (*Aparte á Rafael.*)
¿ese señor no se llama
el conde de Verde-rama
y de Rastro-seco?

RAFAEL. Sí.

CONDE. (¡Qué memoria tan fatal
la mia!)

TOMÁS. ¿Si no me engaño
estuvo usted hace un año
en Epila, eh?

CONDE. Cabal;
allí estuve, y recordar

quiero su fisonomía,
pero no puedo, á fé mia
mis recuerdos aclarar.

TOMÁS. ¿Se acuerda usted del Jalon?

CONDE. ¿Es usted?...

TOMÁS. El hortelano...

CONDE. ¡Ah, sí, venga acá esa mano;
usted fué mi salvacion!
Sin usted, de la corriente
la víctima hubiera sido.
¡Cuántas veces he sentido
que fuera usted tan prudente
que hasta me hubiera su nombre
callado entonces!

TOMÁS. ¿Por qué?
si mi accion tan sólo fué...

RAFAEL. Dejen ustedes me asombre.
¿Conque usted?... (*Por su padre.*)

CONDE. Sí.

TOMÁS. ¿A qué hablar
de una cosa tan sencilla?
Yo me encontraba á la orilla;
le ví ahogarse, sé nadar
y...

CONDE. Jamás olvidaré
su valor y su prudencia.
La cruz de Beneficencia
hoy mismo le otorgaré.

TOMÁS. ¿Oyes, chiquia? (*Aparte á Blasa.*)

RAFAEL. Gracias. (*Al Conde.*)

CONDE. ¡Oh! (*A Rafael.*)
¡Ese hombre un tesoro vale!...
¡No existe otro que le iguale!...

TOMÁS. Señor, ¿y pá qué quio yo
esa cruz?

CONDE. Para que el mundo
sepa su accion meritoria.

TOMÁS. Señor, yo no quiero gloria,
que yo mi gloria la fundo
en ser honrado y vivir
en la santa ley de Dios
y no dejar de mi en pos
más que un buen nombre al morir.

CONDE. Qué corazon tan leal.
Venga usted, venga á mis brazos
y estréchense así los lazos
de aquel encuentro casual (*Se abrazan.*)

RAFAEL. (¡Oh! quizás agradecido

la consiga convencer.)

TOMÁS. Este es el mayor placer (*Enternecido.*)
que yo en la vida he sentido.

CONDE. ¿Llora usted?

TOMÁS. Y con razon
al ver que me he equivocado
y que en *Madril incontrao*
un hombre de corazon.
Uno que sepa sentir,
uno que sepa creer,
y que sepa agradecer
lo que llegó á recibir.
Pero no hablemos ya más.

CONDE. (Me causa envidia este hombre.)
¡Oh! dígame usted su nombre.

TOMÁS. ¿Pa qué?

CONDE. Lo ansío.

TOMÁS. Tomás.

CONDE. ¿Y qué le trae á Madrid?

TOMÁS. Pus... (*Indeciso.*)

CONDE. Si necesita algo,
cuanto soy y cuanto valgo
es suyo.

TOMÁS. Gracias.

RAFAEL. Por mi
vinieron.

CONDE. Recuerdo ahora
que usted me los presentó.

RAFAEL. Son...

BLASA. (*Interponiéndose de pronto y haciendo un esfuerzo.*)
Ya lo diré yo.
Semos... (corazon acalla
tu latir.) semos... amigos
que queremos ser testigos
de su boda.

RAFAEL. Madre. (*Aparte á Blasa.*)

BLASA. Calla. (*Id. á Rafael.*)
Nacer le vimos; de niño
jugueteaba en nuestra casa...

RAFAEL. Pero... (*Aparte á Blasa.*)

BLASA. Calla. (*Id. á Rafael*)

TOMÁS ¿Qué haces, Blasa? (*Id. á Blasa.*)

BLASA. Hacerle feliz. (*Id. á Tomás.*)
Cariño (*Al Conde.*)
le tomamos: di, Tomás,
¿no es cierto? Responde...

TOMÁS. Sí... (*Desconcertado.*)

Es verdad...

BLASA. Habla por mí (*Aparte á Tomás.*)
que yo ya no puede más!
(*Cae desmayada en un sillon; Rafael y Tomás corren á ella.*)

RAFAEL. ¡Oh!

TOMÁS. Silencio: ella lo ordena. (*Aparte á Rafael.*)

CONDE. ¡Aquí...! ¡Pronto...! ¡Agua...!

ESCENA XIV.

Dichos, la BARONESA, ELENA, *y un* CRIADO *con agua.*

(*Rafael coje la bandeja; el Conde hace seña al criado para que se retire.*)

BARONESA. ¿Qué ha sido?

TOMÁS. Nada, nada, es un vahido.

ELENA. ¡Ay! (*Asustada al ver desmayada á Blasa.*)

CONDE. No te sasustes, Elena;
esa mujer...

BARONESA. Ya sabemos (*Aparte al Conde.*)
quien esos patanes son.
¿Aun tienes la pretension
de que á esta y á ese enlacemos?

CONDE. ¿Por qué no? (*Id á la Baronesa.*)

BARONESA. ¡Me ahoga el coraje!

CONDE. Esplicate: ¿qué te altera?

BARONESA. ¿A enlazar vas un cualquiera
con nuestro ilustre linaje?

RAFAEL. ¡Ah! Ya vuelve.

BLASA. ¿Dónde estoy?
(*Al ver á Rafael se arroja á el, pero se domina.*)
Hij!... (Tente lengua.)

RAFAEL. No á fe: (*Ap. á Blasa.*)
el sacrificio de usted
me enseña; resuelto estoy.
Señor conde, permitidme... (*Al conde.*)

BLASA. ¿Qué vas á hacer desdichado? (*Ap. á Rafael.*)

RAFAEL. Ser como mi padre, honrado. (*Id. á Blasa.*)
Cuatro palabras oidme. (*Al conde*)
Estos son...

BLASA. Está demente; (*Interrumpiéndole.*)
¡es falso, no le escucheis!
Quienes semos ya sabeis;
si él dice otra cosa, miente.

RAFAEL. ¡Madre! (*Ap. en tono de reconvencion.*)

BLASA. Quiero que feliz (*Ap. á Rafael.*)

así puedas ser con ella;
cese, pues, ya tu querella,
deja de ser infeliz.
(*Con energía aparte á Blasa.*)

RAFAEL. Madre, mal me juzga usted.
¿Que niegue mis padres son?
¡Oh! no, nunca: el corazon
primero me arrancaré.

BLASA. Advierte... (*Idem á Rafael.*)

RAFAEL. No; nada advierto. (*Idem á Blasa.*)

BLASA. Que vas á ser desgraciado (*Idem á Rafael.*)
sin ella.

RAFAEL. Antes que infamado (*Idem á Blasa.*)
debe usted quererme muerto.

BLASA. Mi corazon no taladres (*Idem á Rafael.*)
de dolor; consiente.

RAFAEL. No;
(*Con energía y entusiasmo aparte á Blasa.*)
porque á orgullo tengo yo
ser hijo de tales padres.

CONDE. (*Que ha estado estupefacto mirando á todos y sin comprender lo que sucede.*)
Pero... ¿Qué es esto?... ¿Podré
saber qué pasa en mi casa?

BARONESA. Pues lo que en tu casa pasa
es que esos... (*Por Tomás y Blasa.*)

RAFAEL. Yo lo diré. (*Interrumpiéndola.*)
Que estos son mis padres. (*Con orgullo.*)

BLASA. (¡Ah, (*Consternada.*)
¡Se perdió!)

CONDE. ¿Sus padres?

RAFAEL. Sí.

CONDE. ¿Pues no decia?.. (*Indicando á Blasa.*

RAFAEL. Es que así
pensó mi felicidad
haber conseguido.

CONDE. (¡Oh!
¡qué corazones!)

BARONESA. Responde: (*Aparte al Conde.*)
¿aun quieres casarlos, Conde?

CONDE. Ahora más que nunca. (*Idem á la Baronesa.*)

BARONESA. No, (*Idem al Conde.*)
no será: que ella no quiere
hacer un triste papel
casándose con Rafael.

CONDE. No es cierto: si tal hiciere... (*Id. á la Baronesa.*)

BARONESA. Pues lo es, aunque no te cuadre.
(*Id. al Conde.*)

ELENA. ¿Te has resuelto? (*Ap. á Rafael.*)
RAFAEL. (*Mirándola con cariño, desden y asombro, le señala á Blasa en cuyos brazos cae.*)
Esta es mi bien...
¡Madre de mi vida! (*Abrazándola.*)
CONDE. Ven: (*Cogiendo á Elena.*)
¿Es cierto lo que tu madre
dice? ¿Serás tan malvada?
Respóndeme.
ELENA. El me desprecia... (*Como dando una evasiva.*)
CONDE. Aprende así á no ser nécia.
Esa es una gente honrada,
aunque no tiene blason!
¿Pues qué, dime, por fortuna
la nobleza está en la cuna?
No, que está en el corazon.
Ese salvó mi existencia. (*Señalando á Tomás.*
BARONESA. Si le pagaste el servicio,
en paz.
CONDE. No, su beneficio
no tiene correspondencia.
Que os desprecie no me extraña
un hombre que tanto vale.
¡No existe otro que le iguale!
(*La Baronesa y Elena se sonrien.*)
¿Os reis? ¡Soberbia hazaña!
De vosotras á esa gente
hay una distancia igual
como entre el bien y entre el mal.
BARONESA. Déjale, que está demente.
Riéndose á su hija, y váuse las dos.

ESCENA ÚLTIMA.

RAFAEL, EL CONDE, TOMÁS, BLASA.

El Conde vé salir á la Baronesa y Elena dirigiéndoles una mirada de indignacion y desprecio. Rafael al notarlo se deja caer en un sillon.)

RAFAEL. Se marcha, ¡Dios de Israel!
¡Se va sin decirme adios!
BLASA. ¡Hijo ten calma, por Dios!
TOMÁS. No sias tonto, Rafael.
Piensa que al obrar asina

demuestra que no tamaba.

RAFAEL. Es verdad. Mas la adoraba
yo tanto, que me asesina. *(Pausa.)*
¡Ay, mi amor fué una ilusion
que hoy lloro desvanecida!
¿Quién podrá curar la herida
que llevo en el corazon?

BLASA. Tu madre.

RAFAEL. ¡Ah, sí; madre mia!

BLASA. Aun serás, Rafael, dichoso.
Dios es misericordioso
y te premiará. Confia.

TOMÁS. Vaya, vámonos de aquí
lejos, lejos de estas gentes
que sólo tienen parientes
de pergamino.

RAFAEL. (¡Ay de mi!)

(Se dirigen al foro y el conde los detiene.)

CONDE. Un instante: en lo que vale
su sacrificio atesoro.
Usté y sus padres, tesoro
son que nada hay que lo iguale.
Envidia me da el mirar
á ustedes: vaya un abrazo,
y ya que se ha roto un lazo
procuremos otro atar. *(Se abrazan.)*

RAFAEL. ¡Si como usted ella fuera!
¿qué dicha en el mundo habria,
mayor que la dicha mia,
ni más pura y verdadera?
Cual nadie sabe querer,
la adoré, y ella, ¡Oh tormento!
¿Comprende usted lo que siento
hoy su cariño al perder?
Mis risueñas ilusiones
con su orgullo ha marchitado,
y un abismo ha colocado
entre nuestros corazones.
¡A un lado, su amor está,
mis padres, en el opuesto,
y á mí en el centro me ha puesto
su maldita vanidad!
«¡Elige, aunque se taladre
tu corazon de honda pena,»
me dijo ella; y como ordena
Dios, el honrar padre y madre,
á estos, ¡mis padres queridos!
elegí, mi amor ahogando,

(Calla que me estás matando
corazon con tus latidos.)

BLASA.
TOMAS. } ¡Hijo! (*Abrazándole.*)

CONDE. ¡Rafael!...

RAFAEL. Mi dolor
espero disminuir;
pensando supe elegir
entre el deber y el amor.

FIN.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

El oro y el oropel.
La nivelacion social.
Una oveja descarriada.
El copiador de cartas.